

acusándolos de herejía, de brujería o de enemigos de un Dios imaginario. Los ricos que adulteran y especulan con el vicio, la prostitución y el crimen saben que basta confesarse ante un cura para que sus pecados sean absueltos mediante padrenuestros, credos y avemarías tras los cuales pueden seguir pecando. No existe fraude ni impudicia ni crimen que no perdone el Dios del cristianismo. Basta el examen de conciencia, basta la confesión y, después de ella, tragarse la hostia. La simple extrema unción libera al muerto de sus culpas. Puede ir sin miedo al Valle de Josafat. Si yo inventara mi propia religión, mi Dios sería del todo intransigente con respecto a la culpa. Para el acto perverso, para toda injusticia no puede haber perdón ni salvación. Desde el momento en que cualquier ser humano comete la primera maldad nace en su sangre psicológica la célula infernal de la angustia. Es algo oculto, sin remedio. Cada nueva maldad crea nuevas células, y así, de culpa en culpa, irá creciendo dentro del hombre malo esta desesperante enfermedad cuya monstruosa anarquía proseguirá aumentando de modo endemoniado a medida que la injusticia crezca. Mi Dios tiene su fórmula secreta. Esa célula anárquica y demoníaca está oculta en la conciencia de cada cual. Ningún médico puede dar con el mal ya que se trata de un cáncer psicológico y nadie sabe donde demonios está el alma ni dónde está la muerte que nos corroe. Mi Dios es justiciero y bondadoso, pero se opone a la injusticia, a la impiedad y al crimen; se opone a la riqueza que esclaviza al obrero y al campesino; se opone a los inmundos traficantes de armas y drogas; se opone al fraude y a los grandes negocios que hace la Iglesia vendiéndoles el cielo a los ricos a tanto el metro cuadrado; se opone a la crueldad, al genocidio, a la discriminación, a cualquier tipo de prepotencia y a toda falta de ecuanimidad. Mi Dios es drástico y contundente a ese respecto. Esos son los pecados contra los cuales él establece un canon inapelable. Para quienes cometen esas culpas, definitivamente, ¡no hay perdón!

Tal vez don Plácido logró calmar la angustia del dolorido defensor de la Fe, pues sus altos ronquidos lo convencieron de que Vicente Barcia dormía profundamente.



## **DECÁLOGO SEXTO**





## Cándida regresa como maestra

Cuando llegó a la escuela esa mañana y entró radiante en la oficina, parecía otra. Había adquirido más atractivo y distinción.

—¿Qué tal, tío Plácido? ¿No me recuerda? Soy la nueva maestra.

Su gracia juvenil lucía mejor, enriquecida por el refinamiento que da la vida en la ciudad.

—¿Te has instalado en La Casona?

—No. En casa de mis tías.

Aún conservaba su apariencia seráfica.

—Se dijo que ibas a hacerte monja.

—Desistí. ¿Se imagina lo que sería vivir lejos de mi isla? Ya usted sabe lo que es comer cabanga. No habría podido soportarlo.

Tras cinco años de estudios, Cándida había sentido la picazón de la nostalgia. Pensó para sí misma: colgados están mejor los hábitos cuando hay un mar que espera siempre glauco, risueño y bondadoso.

Siendo inexperta, lo adecuado habría sido encomendarle la enseñanza de párvulos, pero como ella llegaba con varios meses de retardo resultaba difícil cualquier cambio, por lo que Plácido, como medida provisional, creyó acertado cederle un grupo de varones de sexto grado reclutados por él y adoctrinados a férula batiente. (¡Haraganes!)

Para facilitarse sus funciones conjuntas de director y de maestro, Ladera había instalado a los susodichos bélitres en un aula contigua a su oficina,

salón por cuyos amplios ventanales se admiraba el panorama del mar y se colaba, con la brisa yodada, la vocinglera vida de la bahía. El vuelo de las aves marinas, el vaivén de las olas y el ir y venir de blancas velas era motivo de excitación constante para aquellos muchachos más habituados a manejar los remos que los libros.

Lógico es suponer que los esfuerzos de Cándida resultaran inútiles, pues quienes no se escabullían hacia la playa, alborotaban y convertían las clases en zafarrancho de combate y cuyo **crescendo** colmaba la paciencia del Director, que intervenía frecuentemente con fingida iracundia de Júpiter tonante.

Meditando sobre tan delicada situación, Ladera comprendió que aquel exceso de indisciplina podía afectar el escalafón de Cándida. Tanto desorden no podía continuar. Era preciso ponerle fin, drásticamente, mediante algún remedio que, sin herir la susceptibilidad de la maestra, fuera eficaz y diera al traste con la bellaquería de los alumnos.

Después de sopesar los pro y los contra tuvo una idea feliz que sin demora quiso poner en práctica aun a sabiendas de que podía correrse un riesgo, pues se trataba de un plan descabellado cuya asunción dependía de Juan Felipe Durgel. Plácido sonreía pensando que el diabólico ardid tenía casi las trazas de ser un pacto con el mismo demonio.

Años atrás, los padres de familia, mal instigados por el Ñopo, habían logrado que se expulsase de la escuela a Felipe, acusándolo de ser no solamente un rebelde, pendenciero y procaz sino también impúdico y corruptor de menores. Dejando aparte los aspectos nefandos y obscenos «que por pudor no se mencionan» nadie negaba que las peores diabluras era Felipe quien las organizaba. Por ejemplo, después de la gimnasia, al aire libre, en la playa, los alumnos que no se dedicaban al baloncesto podían nadar un rato entre las olas. Felipe aprovechaba esos instantes para tramar sus fechorías que casi siempre resultaban odiosas, pues cuando no escondía la ropa de alguno de ellos, unía las mangas de diversas camisas con nudos sobre los cuales se orinaba o, a la hora de vestirse, les metía en los bolsillos o les tiraba encima gusanos de palmeras, verdes y enormes que, aunque no pican, resultan asquerosos. Todos sabían que el truhán era Felipe, pero debido a un falso y equivocado compañerismo no lo acusaban y preferían soportar heroicamente interminables castigos colectivos.

¿Reintegrarse a las clases? Ladera le tocó el amor propio. Felipe debía matricularse nuevamente. ¿Por qué no? Nunca es tarde. Más vale ser un

hombre útil y culto que un vago sin oficio ni beneficio. ¿Con cuál propósito? La cuestión específica era amparar a Cándida y evitar que el fracaso la hiciera darse por vencida. Los héroes antiguos, decía Ladera, manifestaban su valor y nobleza defendiendo a las damas desvalidas.

El plan insólito que proponía Ladera le pareció a Felipe como de perlas, pues era un medio de aproximarse a Cándida que, de ahora en adelante ya no podrá rehuirme sino que al darse cuenta de mi ayuda se sentirá obligada, por reconocimiento, al desagravio; pero lo más seguro es que ella no me recibirá con buenos ojos en calidad de nuevo alumno.

—Tengo casi la edad de la maestra. Me lleva pocos años. Y soy mayor que los alumnos que cursan actualmente el sexto grado. Después de haber perdido tanto tiempo, será difícil habituarme a la escuela. No podré emparejarme con los del grupo.

—No tienes que igualárteles sino al contrario debes actuar a contrapelo, frenando tus instintos o simulando hacerlo.

La misión de Felipe sería disciplinaria.

—En homenaje a Cándida debes sacrificarte, convirtiéndote en alumno modelo sin que ni ella ni nadie se dé cuenta de la superchería.

Contando con la tácita autorización de Plácido, Felipe debía imponer el orden, contra viento y marea, sofocando a la brava cualquier intento de anarquía.

—No importa cuál sea el método que utilices: puños, patadas, amenazas o lo que se te antoje; pero, eso sí, después de clases, para que la maestra no se entere.

A Plácido no le fue muy difícil anular las objeciones de Cándida. Evocó su educación religiosa y los deberes de todo buen cristiano: perdonar las ofensas, evitar la soberbia y acoger cordialmente a los que tienen hambre y sed de justicia.

La extraña convivencia tuvo efectos de mejoría inmediata en la disciplina, pues paulatinamente el nuevo alumno les fue poniendo coto a las perfidias y a las barrabasadas. Desde la última banca, cercana a la ventana del fondo por la que nadie volvió a escaparse, Felipe custodiaba al pupilaje y hacía el papel de cancerbero. Se acabaron las burlas, los pitos, los tizazos. Todos cumplían con sus tareas y hubo calma en la escuela.

Conocedores de las trapacerías de Felipe, los colegiales, que lo habían recibido como a un líder, quedaron boquiabiertos cuando él los puso a raya de sopetón. Primero los previno, amonestándolos, y como tal medida resultó ineficaz, fue emplazando, día por día, a los audaces y a los que se las daban de ser más gallos.

—Después de clase se las verán conmigo en la playa, vergajos.

Hubo puñetes a granel. Ojos amoratados, narices rotas, magulladuras célebres. Santo remedio.

Cándida ni le hablaba a Felipe ni lo miraba, pero en el fondo se daba cuenta de que aquella quietud de nave al paio tenía sus causas en alguna maniobra de trastienda cuyo eje principal era Felipe, lo cual la convertía en deudora de su odiado enemigo y la obligaba a soportar hora tras hora sus miradas lascivas: «Si quieres, puedo decirle que desista, que no regrese más a la escuela. Puedes estar segura de que obedecerán» —decía don Plácido—. Sí, por supuesto, pero el caso no resultaba tan sencillo, pues si Felipe abandonaba la guardia, renacería con más violencia la indisciplina. Cándida comprendía que entonces a la tortura de ser irrespetada por los alumnos se agregaría el remordimiento de haberse comportado innoblemente por motivos de orgullo injustificado. ¿Cómo no agradecerle al diablo aquel milagro que, al allanarle el campo, le permitía impartir sus clases en santa paz?

La presencia de Felipe en el aula parecía, pues, un mal inevitable: era una trampa de la que Cándida determinó vengarse a su manera. Por eso resolvió atormentarlo sádicamente aparentando la más completa ingenuidad. Cada día embellecía más y más y atildaba hábilmente la gracia juvenil de su persona. De esa manera logró poner en juego cierta sutil coquetería con el objeto de exacerbar la pánica lujuria del mulato.

La treta urdida por Ladera le daba a Juan Felipe Durgel la ocasión de serle útil a Cándida y de mirarla, hora tras hora, a despecho de ella; pero aun así, teniéndola a portada de mano, lo único que lograba era intensificar su ansiedad ya que en definitiva su deleite se reducía al regusto de saborear de lejos la fruta codiciada. La voz de la maestra, cálida, melodiosa, embrujadora, le producía el efecto de un hechizo y lo excitaba de modo tan brutal que sus ocultos instintos salían a flote. Juguete de un ancestro indomable y de la fuerte tensión de sus arterias, de vez en cuando no resistía la tumescencia que, al sacarlo de quicio lo enardecía. Sin cortapisas que lo

ataran a ninguna moral, en tales trances Juan Felipe blandía bajo la banca su gran alfanje y lo esgrimía triunfante haciendo alardes de erectitud y lozanía mientras con tono sibilino amonestaba a los incautos que fisgoneaban asombrados: No se impacienten, que para todos hay. Y al primer hijo de puta que me delate le reviento los hígados para que aprenda a ser sanababiche.

## Gariteros, ladrones y asesinos

Cierta parte de la isla (que incluía tierras de cultivo, aguas potables, un espléndido morro y las playas de sotavento) pertenecía a una naviera inglesa que contaba con buenas instalaciones portuarias. Enormes paquebotes de gran calado cuyos itinerarios cubrían las costas del Pacífico hacían siempre una escala inevitable en aquella dársena y atracaban al muelle para surtirse de agua y carbón de piedra. Durante el día y gran parte de la noche, ruidosas grúas movíanse cargando y descargando pesados fardos que seguirían sus rutas rumbo al Sur o al Norte. El recorrido de mar a mar sobre la zona de tránsito lo hacía la carga viajando en el recién construido ferrocarril mientras seguía en estudio la posibilidad de abrir un Canal a través del Istmo. En los vagones del caballo de hierro fluía también y reflúa la ola humana de la ambición universal y, con mayor frenesí, quienes corrían tras la quimera del oro rumbo a la tierra prometida de California.

Farallón, muelle, dársena, tanques de agua, depósitos de hulla y las casas de la empresa británica estaban a cargo de míster Alan Bristol, severo inglés cuyos bigotes, barbas blancuzcas y muy pobladas cejas contribuían a delinear su semblanza de austerísimo aspecto. Residía en un grisáceo **bungalow** de pinotea importada en cuyos amplios portales protegidos del sol por cobertizos de lona verde solían colgarse pintorescas hamacas.

Negros de pie descalzos se ocupaban del servicio casero.

Como en sus años mozos Alan Bristol prestó servicio militar en la India, tenía consigo como ayuda de cámara al hindú Yamal Sing, adolescente que hacía a la par las veces de **boy** y de excelente cocinero pues el amo era un gran aficionado al **curry-an-rice**.

Sobre el estruendo de las grúas se oían a ratos los ladridos de dos finos mastines ingleses.

Por las noches una voz de mujer sόlía entonar, a los acordes de un piano, tristes aires peruanos.

Desde hacía varios meses una dama gentil, joven y bella, vivía con Alan Bristol. Se ignoraba qué nexos los unían. Tenía ella una hija de trece años a quien su negra gobernante llamaba Bibby.

La aventura de Rosalinda Jara se conoció después.

Alan Bristol, que hasta entonces había vivido solitario en el morro, viajaba a la ciudad de vez en cuando a entrevistarse con los agentes de la empresa naviera. Eran ausencias de uno, dos o tres días. La vez que demoró más de lo usual, la servidumbre comenzó a preocuparse. ¿Qué le habría sucedido a mister Bristol? Los nuevos yacimientos auríferos descubiertos por Sutter en Sacramento aumentaban año tras año la codicia de los aventureros. Criminales de la más ruin calaña, tahures de arma al cinto, cruzaban por el Istmo, perdían dinero en los garitos y lo recuperaban a la brava, robando, asesinando.

Afortunadamente a Alan Bristol no le había sucedido ningún grave percance. Volvió feliz al farallón acompañado por la bella limeña, que lucía falda larga y sombrilla. Con ella iba la niña de dorados cabellos y una aya negra.

Linda Jara tenía voz de contralto y había estudiado con profesores italianos. Joven de clase media, bella y graciosa, gozaba aún la edad romántica de los castillos en el aire cuando su mala suerte la hizo ser víctima de un falso conde español que, casado con ella, la llevó a Nueva Orleans, gastó la dote en los garitos y explotó a Rosalinda en los diversos caféscantantes de esa alegre ciudad. El arte, la belleza y la gracia de la joven la hicieron famosísima. Su nombre de cartel, ROSA DE LIMA, lucía con letras gigantescas. El poderoso empresario Pat Calvert, que era también negrero, quiso tenerla como espectáculo exclusivo de su café-cantante. BLUE MOON y, sin escrúpulo alguno, la compró por una fuerte suma de dinero. Aunque era un hombre de edad madura, tuvo con ella una hija. Desde entonces se vistió como un **gentleman** e instaló a Linda Jara en una espléndida mansión prometiéndole contraer nupcias con ella y nombrar heredera universal a la hija Bibby. De su primera esposa tenía un hijo varón, adolescente poco mayor que Linda, jugador, pendenciero y holgazán

que, celoso y temiendo que lo desheredaran, armó contra la bella peruana toda clase de intrigas y hasta quiso violarla. Al verse fracasado la amenazó con acusarla de adulterio. Linda sólo podría evitar la infamia si aceptaba un arreglo. Le proponía ayudarla a fugarse de Nueva Orleans con su hija y aun le daría dinero. Lo que a él le interesaba era que ella se quitara de en medio con respecto a la herencia, que se alejara del contratista Calvert, que se marchara a Lima o a donde ella quisiera. Para lograr su anuencia, le permitió llevarse al aya negra. Linda aceptó. Al llegar a Colón, el abogado de la empresa naviera (peruano radicado en el Istmo) le presentó a Alan Bristol y una mutua simpatía los unió. Su matrimonio con el conde español le impedía a Linda un nuevo vínculo legal. Además, documentos firmados le conferían a Calvert el derecho de reclamarla o de quitarle a Bibby.

Convencida de que el brutal Pat Calvert la buscaría, ante todo en el Perú, Linda sintióse a salvo en la isla en compañía de Alan Bristol quien no sólo se había prendado de ella sino también de Bibby. Aunque creía difícil que pudieran dar con ella en el morro, tenía el presentimiento de que en el horizonte se cernía una amenaza de tormenta. Sí, un funesto presagio contra la paz de Bibby, quien jamás amó al padre y, lejos de él, sentíase felicísima allí.

Aunque la niña era bilingüe, prefería hablar en español por tratarse de su idioma materno a pesar de que Lavinia sólo entendía el inglés. Bibby asistía a la escuela del pueblo, jugaba con las demás chiquillas de la isla e iba a la iglesia en compañía de su maciza aya negra. Se veía a simple vista que el íntimo contacto con la magia del trópico hacía que Bibby madurase con excesiva rapidez. Navegaba solita en barquichuelos de vela; le encantaba nadar y correr descalza por la playa. Cabalgaba, sin silla, a la jineta, sobre un caballo blanco que chapoteaba y hacía cabriolas por la orilla del mar. Por ello mister Bristol solía llamarla **la walkiria**.

La feliz terminación del ferrocarril a través del Istmo y la cada vez mayor afluencia de aventureros en pos de los llamados placeres de California trajo a la isla la peor calaña de logreros, gariteros, ladrones y asesinos quienes allí abordaban los vapores que hacían la travesía del Pacífico. Casi todos provenían del norte; era probable que entre esa turbamulta llegase alguien que por haberla oído cantar en el **Blue Moon**, reconociéndola, pasara el soplo a Pat.

Linda temía por Bibby y estaba siempre como en ascuas imaginando que de pronto podría llegar algún agente de Calvert listo a raptar a la chiquilla